Navidad, Tiempo de Manifestaciones

Javier Barros

Introducción

"En la Iglesia, la celebración más antigua después de la del Misterio Pascual es la memoria del Nacimiento del Señor y sus primeras manifestaciones, que se realiza en el tiempo de Navidad" (NUALC 32). Con estas palabras las Normas Universales sobre el Año Litúrgico y el Calendario se refieren a la gran celebración de la Navidad.

Aquí aparecen dos conceptos muy importantes. El primero es "memoria", sobre el cual nos vamos a referir solo brevemente, porque para quienes conocemos la liturgia, es una palabra muy familiar. Pero es tan importante, que no la podemos dejar pasar. Este concepto tan importante –memoria- nos lleva una vez más a ponderar la hondura de nuestras celebraciones, pues todas ellas son "memoriales", es decir, un concentrado de la historia de la salvación hecho presente gracias a la acción del Espíritu Santo. El memorial, que hunde sus raíces en el *zkn* judío, permite celebrar con la conciencia de la contemporaneidad entre el Misterio y nosotros (cf. El memorial pascual en Ex 12,14; 13, 3.8)»[1]. En Navidad esto se expresa nítidamente, por ejemplo, con la oración post comunión de la misa del mismo día de Navidad: "Dios misericordioso, *hoy* nos ha nacido el Salvador del mundo; te pedimos que…".

Ese "hoy" no es una metáfora, como acabo de escuchar de un predicador. Es un hoy perfectamente real. La pretensión de la liturgia es eso, ni más ni menos, la actualización del Misterio Pascual, vía celebración. Sobre eso el Catecismo de la Iglesia dice muy claramente:

> La liturgia cristiana no sólo recuerda los acontecimientos que nos salvaron, sino que los actualiza, los hace presentes. El misterio pascual de Cristo se celebra, no se repite; son las celebraciones las que se repiten; en cada una de ellas tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único Misterio (CEC 1104).

Esto es posible por la acción del Espíritu Santo, y porque él nos trae hasta nuestro hoy un acontecimiento único en toda la historia, el mismo y singular Misterio Pascual. Sobre eso también el Catecismo tiene un párrafo precioso:

> "El único acontecimiento de la historia que no pasa […]. Todos los demás acontecimientos suceden una vez, y luego pasan y son absorbidos por el pasado. El misterio pascual de Cristo, por el contrario, no puede permanecer solamente en el pasado, pues por su muerte destruyó a la muerte, y todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente presente. El acontecimiento de la Cruz y de la Resurrección *permanece* y atrae todo hacia la Vida" (CEC 1085).

[1] B. NEUNHEUSER, *Memorial*, 1260.

Los autores espirituales de Oriente han elogiado este "hoy" de la liturgia vislumbrando su connotación actualizante. Santiago de Sarug, un obispo (monofisita) sirio del s. V tiene una homilía preciosa a este respecto y que nos viene bien escuchar en este tiempo de Navidad:

> Hoy se han abierto los labios de Eva para decir en voz alta y a cara descubierta que su pecado ha sido perdonado gracias a María, que ha pagado el débito de sus padres con el tesoro precioso que ha dado a luz.
>
> Hoy enmudece la serpiente porque habla Gabriel.
>
> Hoy la mano del Querubín abandona la espada de fuego porque el árbol de la vida ya no precisa ser custodiado: su fruto se encuentra sobre el pesebre de Belén para alimentar a los hombres que, de suyo, se habían hecho como animales.
>
> Hoy la gruta se transforma en estancia nupcial porque el Esposo celestial ha querido unirse a la estirpe de los seres terrestres y sostenerles en su ascenso desde las profundidades hasta las alturas.
>
> Hoy ha sido claramente explicada la escala de Jacob: he aquí que el Señor, que se encontraba en la cima de la escala, desciende para hacer subir a los hombres al cielo[2].

Dicho esto, muy brevemente, vamos a entrar ahora en materia y desarrollar este segundo concepto que aparece en el documento citado y que apunta a un aspecto esencial de la Navidad. Este es un tiempo de *manifestaciones*. En efecto, la segunda palabra que aparece en las Normas Universales del Año Litúrgico y Calendario y que he querido traer a colación aquí es, como dice el texto: "sus primeras manifestaciones".

Es particularmente interesante ver la Navidad desde esta perspectiva. Siempre el ser humano ha querido saber de Dios; ha querido incluso "ver" al Señor. Lo tenemos tan bellamente expresado en el salterio. "Mi alma tiene sed de Dios, ¿cuándo iré a contemplarlo?" (Ps 41). Es el deseo de los griegos amigos de Felipe: "Había algunos griegos de los que subían a adorar en la fiesta. Estos se dirigieron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le rogaron: «Señor, queremos ver a Jesús" (Jn 12,20-21).

Hoy el mundo contemporáneo tiene dificultad en ver a Dios. Algunos hablan del eclipse de Dios en el mundo. Pero sin duda se le busca, y se le percibe a veces como una ausencia, como lo dice bellamente un premio Nobel, Pär Fabien Lagerkvist:

> "Un desconocido es mi amigo. Uno que no conozco. Por él, mi corazón está lleno de nostalgia, porque él no está cerca de mí, quizá porque no existe. ¿Quién eres tú que llenas mi corazón con tu ausencia, que llenas la tierra con tu ausencia?"

Y todo cristiano en su camino de fe, busca luces, busca signos de la presencia de Dios. A veces son más claros, otras veces menos. Vamos a ver en qué sentido el tiempo de Navidad es tiempo de manifestación.

[2] Santiago de Sarug, *Homilía sobre la Navidad* 11,14.18.22. Cit. por F. Arocena, *Teología Litúrgica* (Palabra 2017).

Desarrollo

Hablar de la Navidad como ciclo de las manifestaciones del Señor es una denominación muy antigua y que tiene mucho trasfondo. Nos lleva a considerar la celebración de Navidad y todo lo que ella mueve, desde esa perspectiva: acontecimientos que "ponen de manifiesto", que muestran, que revelan.

¿Qué manifiesta la celebración de Navidad? La antífona de maitines del 24 de diciembre dice: «Hoy sabréis que vendrá el Señor y mañana contemplaréis su gloria» (Ex 16,6-7). Es una cita del libro del Éxodo, en la que Moisés y Aarón responden a las murmuraciones del pueblo. En la misa de ese mismo día, pero en la tarde, el Misal Romano pone como antífona de entrada la misma cita, pero más completa: «Hoy sabréis que el Señor viene a salvarnos, y mañana verán aparecer su gloria".

El humus de la liturgia está en la Sagrada Escritura, por eso podemos hundirnos un poco en el contexto de esas citas que la liturgia ha elegido para estas celebraciones. Siempre el Antiguo Testamento nos habla de un Dios que se manifiesta, pero resguarda la trascendencia de Dios, a quien nadie puede ver realmente: "Dijo Yahveh a Moisés: «Baja y conjura al pueblo que no traspase las lindes para ver a Yahveh, porque morirían muchos de ellos; aun los sacerdotes que se acercan a Yahveh deben santificarse para que Yahveh no irrumpa contra ellos.» (19,21-22). Es importante a ese respecto la experiencia de Moisés en el monte Horeb, pues hay un paso adelante en la manifestación de Dios:

> Entonces dijo Moisés: «Déjame ver, por favor, tu gloria.» Él le contestó: «Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre del Señor; pues hago gracia a quien hago gracia y tengo misericordia con quien tengo misericordia.» Y añadió: «Pero mi rostro no podrás verlo; porque no puede verme el hombre y seguir viviendo.» Luego dijo el Señor: «Mira, hay un lugar junto a mí; tú te colocarás sobre la peña. Y al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego apartaré mi mano, para que veas mis espaldas; pero mi rostro no se puede ver.» (Ex 32,20-23).

Dios es en sí mismo un Dios que no esconde, sino que revela. Lo hace de un modo singular por nuestra limitación, pero se muestra. A ese respecto, conviene recordar cómo el arte cristiano nos ha mostrado esta verdad de fe. Nos habremos fijado que en el arte cristiano muchas veces se ha representado al Dios invisible de un modo simbólico: con una mano extendida. Mano y manifestar son dos palabras hermanas.

a) Nos muestra su deseo de salvarnos

A partir de este texto, podemos descubrir que la Navidad tiene un sentido primario: poner de manifiesto su deseo de salvarnos, y más aún, de salvarnos realmente.

El nacimiento del Señor en la carne tiene por objeto nuestra salvación. Las tres oraciones del Misal Romano para la misa vespertina de la Vigilia rondan en torno a la idea de la salvación y de la redención. La oración colecta comienza diciendo:

> "Dios nuestro, *que cada año nos alegras con la esperanza de la salvación*, concédenos que, recibiendo con gozo a tu Hijo unigénito como Redentor, podamos contemplarlo confiadamente cuando venga como Juez".

En la oración super oblata se dice:

> "Concédenos, Señor Dios nuestro, anticipar con un culto fervoroso esta solemnidad, ya que *en ella manifiestas el comienzo de nuestra redención*".

Y la oración post comunión dice:

> "Señor, fortalécenos con la celebración anticipada del nacimiento de tu Hijo único, que *se ha hecho comida y bebida en este sacramento de salvación*".

Es muy importante recordar el deseo salvífico de Dios. Y preguntarnos de qué nos quiere salvar el Señor.

b) Mostrar su gloria

Pero hay otro punto. Junto a lo anterior, Dios quiere manifestar su gloria. Lo dice la antífona que hemos citado: "Hoy sabréis que vendrá el Señor y mañana contemplaréis su gloria", y también la antífona de comunión de esa misma misa, tomada del profeta Isaías: "Se manifestará la gloria del Señor, y todos verán la salvación de nuestro Dios" (Is 40,5). La Navidad, por lo tanto, es celebrada en la Iglesia porque este Misterio manifiesta la gloria del Señor. Vamos a reflexionar sobre este segundo elemento, el aspecto glorioso del que hace mención la liturgia: "Manifestar la gloria".

Lo primero que viene a nuestra mente cuando hablamos de "gloria", quizá sea lo que dice el diccionario sobre ella: majestad, esplendor, magnificencia. De ahí solemos relacionar la gloria con la belleza, con la gracia, con la luz. Este último elemento es, valga la redundancia, muy esclarecedor. Ya en el primer domingo de Adviento, la antífona del cántico evangélico dice: "Mirad, el Señor viene de lejos y su resplandor ilumina toda la tierra". O sea, la liturgia ya nos está enseñando desde el principio del Adviento que la presencia del Señor será luminosa. La oración colecta de la noche santa dice:

> "Dios nuestro, que has *iluminado* esta santísima noche con la *claridad* de Cristo, *luz* verdadera, concédenos que, después de haber conocido en la tierra los misterios de esa *luz*, podamos también gozar de ella en el cielo".

Además, esa luz aparece en medio de un gran contraste, en la máxima oscuridad, pues la antífona de entrada de la Misa del 30 de diciembre dice:

> "Un silencio sereno lo envolvía todo, y, al mediar la noche su carrera, tu Palabra todopoderosa, Señor, vino desde el trono real de los cielos" (Sb 18,14-15).

Dios irrumpe en el tiempo, se mete en la historia "al mediar la noche su carrera" (de aquí viene la tradición de la celebración de noche buena), y entra en la noche oscura, pero Dios entra como una luz. Ante esa luz, los ángeles cantan "Gloria a Dios en el cielo".

Fijémonos también que esta es la fiesta –la Pascua también lo es, pero de un modo diferente- en la que el pueblo de Dios celebra precisamente adornando todo con luces: sus casas, sus árboles navideños, sus pesebres.

Este elemento de la celebración nos lleva a considerar una fiesta judía muy importante, que posiblemente ha influido en algún momento sobre nuestra fiesta de Navidad, y que nos ayuda a comprenderla mejor. Los judíos tenían una fiesta de la luz, a la que llamaban la Janucá, que significa justamente eso: fiesta de las luces o lucernarios. La fiesta consistía en encender luminarias enormemente grandes en el templo de Jerusalén. En el tiempo del Señor, el templo estaba completamente revestido de mármol blanco, con ribetes de oro que, con esas luces profusamente ubicadas en la explanada, sobre los dinteles de las puertas, o en otras partes, deberían haber hecho relucir un resplandor bellísimo e impresionante. Hay dos detalles importantes. El primero, es que la fiesta se celebraba en el solsticio de invierno, es decir, en torno al 25 de diciembre. El segundo: se celebraba en el templo, porque el templo era el lugar donde residía la gloria de Dios, la *shekiná*. Solo falta decir que Cristo, al ver el templo imponente en la ciudad santa, declaró que Su cuerpo era el nuevo y definitivo templo. En su carne residía la gloria de Dios. "Destruyan este templo y lo resucitaré en tres días –dijo Jesús a los judíos, a lo que los judíos contestaron: "Cuarenta y seis años se han tardado en construir este Santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?" Pero –comenta el evangelista- "él hablaba del Santuario de su cuerpo (Jn 2,19-21).

La luz nos lleva a la carne de Cristo. Su presencia en la carne no es aparente, no es pura luz, es la manifestación de la gloria de Dios encarnada. La Navidad es por eso, para los cristianos, por ser la memoria de la encarnación, la fiesta del nuevo templo del cual formamos parte todos nosotros, y donde habita la gloria de Dios.

La oración colecta del día de Navidad, seguramente compuesta por León Magno (461)[3] dice:

> Dios nuestro, que admirablemente creaste la naturaleza humana y, de modo aún más admirable la restauraste; concédenos participar de la vida divina de tu Hijo, como él compartió nuestra condición humana.

Aquí está dicha toda la gran teología de la Navidad. Es el "*mirabile commercium*", el admirable comercio, intercambio. El Prefacio de Navidad III:

> «Por él, hoy resplandece ante el mundo *el maravilloso intercambio* de nuestra salvación; pues al revestirse tu Hijo de nuestra frágil condición no solamente dignificó nuestra naturaleza para siempre, sino que por esta unión admirable nos hizo partícipes de su eternidad".

O sea, es un intercambio que nos salva; una unión que nos hace eternos.

Ahora bien, algo importante: esta oración colecta del día de Navidad es la misma que se emplea la noche de Pascua (Primera oración colecta después de la Primera lectura). Por eso llamamos pascuas a este tiempo. Es la misma idea. En la Europa medieval lo expresaban

[3] Las oraciones del Misal Romano para esa fiesta de Navidad se atribuyen con justa razón al papa León Magno (+461), que tuvo una importancia decisiva en el Concilio de Calcedonia, donde se zanja en forma definitiva la fórmula cristológica: Cristo es reconocido en dos naturalezas, sin confusión ni cambio, sin división y sin separación. Estas dos naturalezas se unen en Cristo, en una persona, y en una hipóstasis.

diciendo: «El que nace, nace para morir». Por eso en los adornos populares junto al verde perenne del pino verde, que significa la perennidad de la Pascua, están las cintas rojas, memoria de la sangre redentora de Cristo.

Y eso nos lleva a comprender de un modo especial esta manifestación de la gloria. Ella es la gloria de la Pascua, no la gloria de la magnificencia. Es la gloria de la cruz.

Odo Casel reflexionó sobre esto, y citaba este texto de san Pablo:

> Pues la predicación de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas, para los que se salvan –para nosotros- es fuerza de Dios. Porque dice la Escritura: Destruiré la sabiduría de los sabios, e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? ¿Dónde el sofista de este mundo? ¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo? De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación. Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas, para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres. (1Cor 1,18-25).

San Pablo habla de una sabiduría, pero distinta:

> Hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, abocados a la ruina; sino que hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo - pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la Gloria - (1Co 2,6-8).

Odo Casel comenta que aquí está la palabra decisiva[4], el Crucificado es el Señor de la gloria; ese Señor de la gloria que cantamos en el Te Deum: "Oh, Cristo, tú eres el rey de la gloria". Aquí hemos adquirido un concepto totalmente nuevo de gloria, que no tiene nada que ver con la grandeza terrena, egoísta, soberbia, que es vana e inútil. La cruz ha destruido ese poder mundano para nosotros podamos alcanzar la gloria de Dios.

La fe es capaz de ver la gloria de Dios en esa humildad radical de Cristo en la cruz. La incredulidad solo ve la gloria de la carne, la soberbia. Es la humildad de la fe la que ve la gloria de Dios en la carne de Cristo crucificado.

Hay explicaciones históricas por el uso del árbol en navidad, pero una mirada –diríamos espiritual- nos hace verlo en relación con el árbol de la cruz. Un árbol cargado de pecado, que son los frutos que engañaron a nuestros primeros padres, pero que ahora vemos embellecidos, con luces y cristales. Es la "felix culpa" de la Navidad.

Pero hay que ir de lo visible a lo invisible, y lo que vemos en el crucificado es el amor. Esa es la esencia del cristianismo, un Dios de amor. Dios asume la humildad de la carne herida por el pecado y la muerte para llevarla a la gloria eterna.

[4] Odo Casel, *Presenza del mistero di Cristo. Scelta di testi per l'anno litúrgico* (Brescia 1995).

Conclusión y perspectivas

Terminaremos recordando la antífona de las Vísperas de la solemnidad de la Epifanía:

> Veneramos este día santo, honrado con tres prodigios: hoy la estrella condujo a los magos al pesebre; hoy el agua se convirtió en vino en las bodas de Caná; hoy Cristo fue bautizado por Juan en el Jordán, para salvarnos. Aleluya.

Es como una síntesis de lo que he querido compartir esta tarde. El hoy reiterativo nos hace presente el Memorial. La expresión tres prodigios, *tria miracula*, expresa la idea de manifestación. Los milagros son signos. La tradición hispana hablará de cuatro milagros, pues agregarán la multiplicación de los panes. Estos tres milagros recogen la historia de la fiesta (6 de enero en Egipto; bautismo del Señor, y las bodas de Caná tiene que ver con el agua y nos sirve para la dimensión esponsal de la encarnación.

Y todo esto para salvarnos.